

A través del espejo

Poética del agua, III

Hugo Hiriart

Agua útil del campesino desplegando su curva de cristal hacia el sembrado. Y agua útil, pura y hasta electropura del quejoso, siempre quejoso habitante de la ciudad enorme. Si en la plegaria del campesino puede haber grandeza trágica, de *Angelus* de Millet (Millet admirado por Van Gogh que pintó con la fuerza vangoghiana habitual alguno de sus cuadros), en la eterna queja del peatón y el chofer hay no sé qué de farsa. La queja reiterada es connatural al habitante de la ciudad. Hace dos mil años, Décimo Julio Juvenal escribió sobre las molestias de Roma con la misma bilis virulenta que vocearía un mexicano de nuestro sufrido Distrito Federal.

El grande y elegante sociólogo Simmel explica en páginas elocuentes la razón de la constante crítica quejosa del habitante de la ciudad. Se trata de esto: el habitante de la macrópolis se siente confundido y anónimo entre la masa pululante, se vuelve cifra escueta, sin identidad, Uno de Tantos, Perico de los Palotes, Don Nadie. Pero el rechazo, la crítica del orden que lo asimila y sojuzga lo rescata del anonimato, del ser mera cifra de lo hecho en serie, y lo devuelve por momentos a la condición de persona particular, de individuo único e irrepetible.

De ahí la constante irritación que el deambulador ciudadano siente sobre todo, aunque no únicamente, hacia las autoridades. Es un inofensivo mecanismo de defensa de la identidad personal y nada más. Pero da lata: exigir y exigir como niño sin pararse a considerar la magnitud de los trabajos que enfrenta la ciudad. Por ejemplo, los trabajos que es preciso emprender para que el agua entre a su grifo y salga por la coladera.

Porque el agua hay que traerla y hay que llevársela, y tienen las dos tareas su

arte y su desvelo. La enorme ciudad precortesiana crecía, como se sabe, alrededor de unos lagos. Era tan grande a la llegada de Cortés que sólo Nápoles, entre las ciudades europeas, la igualaba en tamaño. Pero por desgracia el conquistador no se avino al suave modo acuático de esta Venecia americana y la corona española decretó la desecación de los lagos. Ahí dio comienzo el drama del agua en el Valle de Anáhuac. Duró siglos. Las aguas expulsadas tienen memoria, sienten querencia y vuelven a sus viejos vasos. Toda la Colonia se vivió bajo amenaza, y pese a los esfuerzos, algunos magistrales, como los del famoso Enrique Martínez, las aguas regresaban y cubrían la ciudad.

Hacia inicios del siglo xx, Porfirio Díaz, en su obra pública más ambiciosa, dotó por primera vez a la ciudad de agua entubada y de drenaje. No es ni fácil ni grato imaginar las condiciones de higiene en que antes de eso vivía la ciudad. Pero las obras hidráulicas en el Valle no hicieron más que comenzar con el monumental trabajo de don Porfirio. La batalla del agua no ha terminado ni terminará mientras la ciudad, ya monstruosa, hipertrófica e hiperestésica, siga creciendo. Dicen los que saben que la catástrofe mira acechante a la ciudad.

Qué lejos está esta agua potable, se supone, agua amansada y a la mano, de nuestro viejo arquetipo del agua esencial y fecundante, pero aunque en nuestra vida consciente y rutinaria de diario comercio con los demás, esta versión mitigada y simplona del agua de la llave sea la que prevalezca, sobrevive la otra versión, la primitiva y poderosa, y aparece de noche en nuestros sueños y de día en nuestras fantasías. En ellas el agua es am-

bivalente, creadora, cristalina y fluyente, pero también pesadillesca y devastadora. Dicen los antropólogos que no hay cultura que no contenga en sus leyendas y recuerdos alguna forma de diluvio universal. Quizá para la imaginación toda lluvia es diluvio en potencia y la conjetura de que la danza del agua pueda prolongarse por cuarenta días y cuarenta noches sea automática.

Y porque ciertamente una buena tormenta con rayos y truenos no deja todavía de estremecernos y hacernos sentir nuestra pequeñez, podemos imaginar otras cosas. Por ejemplo, que lluvias incesantes, y atinadas, inventivas, labraron los viejos templos mayas del periodo clásico, como conjeturaron los campesinos de la región cuando en la decadencia ya no fueron capaces de entender esa grandeza. O imaginar que en tiempos mejores cayó lluvia de colores, y que lucían hermosos aquellos tonos azules, verdes, naranja, cayendo sobre el jardín, y las gotas rojas entintaban el lomo de las hojas, y que la lluvia amarilla era de todas las más temidas porque deformaba a la gente que golpeaba y a los gatos los dejaba bizcos, y que a quien mojaba la lluvia púrpura le mudaba la color y ya no volvía a la que antes tenía, y que esa lluvia lavaba las flores y todas las dejaba blancas. Y que la lluvia negra hacía la noche en el día y dejaba preñadas a las cabras y tortugas, la mujer en cinta no debe mojarse con ella porque en vez de uno le nacen tres o más hijos.

Y aquí nos detenemos, otras cosas podrían imaginarse del agua en cualquiera de sus versiones, madre universal, río, nube, hielo, lago, mar, cascada, lluvia y hasta rutinaria agua de la llave, pero sería ya a estas alturas llover sobre mojado. **U**